



no el hombre á quien eligió un gran partido republicano para desempeñar la presidencia en caso de que le ocurriera algo imprevisto. El primer brándis, pues, es

POR EL PRESIDENTE de los Estados-Unidos. (*Aplausos*).

El segundo brándis, prosiguió Bryant, se refiere al distinguido gefe de una república hermana, á uno de los aborígenes del país, á quien escogió la Providencia para restaurar la nacion á su primitiva prosperidad.

POR EL PRESIDENTE DE MÉXICO. (*Ruidosos aplausos y tres vivas*).

Despues leyó el Sr. Dodge las cartas que se habian recibido en contestacion á las papeletas de convite, y cada vez que en ellas se expresaban sentimientos en favor del Sr. Romero y de su país, respondian los convidados con ruidosos aplausos.

Se hicieron luego los brándis siguientes:

3. Por el Sr. Matías Romero.

4. Ojalá que México permanezca siempre con la constancia que acaba de mostrar en la defensa de sus libertades nacionales, para probar que es digno de ser libre é independiente.

5. La libertad de los templos y la libertad de las escuelas, verdaderas garantías de la felicidad individual y nacional, son las miras de los patriotas mexicanos.

6. El Gobierno republicano en el continente americano, es una causa comun entre las sociedades del hemisferio occidental.

7. Los últimos acontecimientos de México enseñan que las grandes potencias de Europa no pueden mezclarse con

las instituciones de los hombres que habitan en este lado del Atlántico.

El ilustre anciano poeta Bryant dijo:

CABALLEROS:

Permitidme que al proponeros el tercer brándis, pronuncie ahora algunas palabras. Nos hemos reunido para tributar el honor que merece á un caballero que durante varios años ha representado á una República hermana entre nosotros, con una habilidad digna de una gran causa, y con una fortaleza y constancia iguales á su habilidad. (*Aplausos*).

No hay nada, amigos míos, que mas imperiosamente exija el respeto del género humano, y pocas cosas existen que mas lo merezcan, como una perseverancia tenaz en una causa justa, (*aplausos*) y la historia dá siempre el lugar de héroes á los hombres distinguidos por esta virtud, como lo dá la Iglesia á los que componen el noble ejército de sus mártires. Es grato y satisfactorio ver á un hombre de esta clase sosteniendo con firmeza la causa de su patria y de la libertad, en la época de su mayor adversidad y peligros, sin vacilar en su fidelidad, ni dejarse llevar jamas por el desaliento en medio de los reveses y contratiempos, sino resuelto, por el contrario, á confiar hasta el último extremo en el éxito de su derecho, hasta que lo ve al cabo triunfar gloriosamente; grato y satisfactorio es que podamos reunirnos en torno suyo para congratularlo porque haya visto al fin recompensada su constancia, porque haya sido derrocada la usurpacion tiránica contra la cual ha protestado sin descanso, y porque hayan podido vindicarse noblemente las libertades que trataron de destruir los monarcas de la tierra. (*Aplausos*). Tal es el hombre que es ahora nuestro huésped, y tal en resúmen

1020062895

la historia de la causa en la cual se ha grangeado tantas simpatías y se ha distinguido tanto.

Nosotros, que hemos consagrado á esta causa todas nuestras simpatías, y que hemos estado esperando ansiosamente su triunfo, al cual seguiria la supresion de la rebelion en nuestro país, le ofrecemos al presente la expresion de nuestro mas sincero regocijo, por la derrota que ha sufrido este proyecto de inocular el absolutismo europeo en las instituciones de nuestro continente, y el tributo de nuestras alabanzas por la gran prevision de que ha dado muestras, anunciando la calma en medio de la tormenta, y descubriendo la conexion que existe entre la causa de México y la de los Estados-Unidos, al predecir con segura confianza la victoria de ambas naciones. (*Aplausos*). La tiranía que los tenedores de esclavos procuraron implantar en una parte de nuestro continente, es asunto ya que pertenece á las antiguas conspiraciones que han fracasado y que se tramaron en contra del bienestar de la raza humana, y el despotismo que una gran potencia militar del viejo mundo trató de entronizar en México, ha terminado con su caída y yace en estos momentos en la imposibilidad de renacer. (*Bien y aplausos*).

Al felicitar á nuestro amigo por la feliz consumacion de este hecho, tenemos tambien que felicitar al pueblo de México, que en su obstinada resistencia á la imposicion del yugo extranjero y en la valiente actitud que ha mantenido por su independencia, ha mostrado poseer las cualidades que hasta aquí no habia sabido apreciar el mundo, y que le han grangeado un nombre honroso en las páginas de la historia. (*Aplausos*).

Los patriotas mexicanos han hecho una cosa que ha levantado contra ellos el grito de la malignidad, y en cuya defensa ha pronunciado nuestro huésped algunas palabras cuan-

do lo creyó oportuno; me refiero á la ejecucion del pseudo-emperador de México.—Admito que se tome bajo diferentes puntos de vista este asunto, y sé tambien que hay quienes hubieran perdonado á Maximiliano, apoyándose en piadosas consideraciones sobre la vida humana y en el sentimiento que obliga á una alma generosa á tratar con bondad á un enemigo que se halla indefenso en nuestro poder, y desde luego no entraria con estas gentes en polémica; pero no es este de ninguna manera el crisol en el cual debe depurarse un acto semejante. Corresponde examinarlo segun las ideas de la justicia que existen en todos los países civilizados, y que imponen la pena de muerte á cualquiera que mata á su prójimo con malicia preconcebida. (*Atencion*).

Cuando creia Maximiliano que todo iba saliendo á medida de sus deseos, expidió un decreto, en el cual ordenaba que al que fuera cogido con las armas en la mano con objeto de oponerse á la invasion incalificable que ocupaba el suelo patrio, se le juzgase por una comision militar, y se le matase, y conforme á este decreto se llevó á efecto la prescripcion sin misericordia alguna en varias ocasiones. La amarga copa que él acercó á los labios de los inocentes, contenia un veneno que él mismo tendria que beber á su turno. (*Grandes aplausos*).

Y ¿quién es el que sabiendo esto podria negar que Maximiliano merecia la muerte, lo mismo que la merece el bandolero que penetra en vuestra casa á media noche y mata á los criados que procuran defenderla? (*Aplausos*). Y no se nos diga que se podia perdonar su conducta porque estaba en su compañía uno mas culpable que él y mas digno que él de sufrir la pena que se aplica á un malvado, y que el que debia perecer era el emperador de los franceses. (*Aplausos*). Napoleon lo sobornó ofreciéndole una corona con tal de eje-

cutar en México su comision de robo y carnicería, y él no fué mas que un asesino pagado por Napoleon; y ¿qué otra cosa mas terrible se podria decir de él? (*Aplausos*).

Así, pues, cuando un par de la Gran Bretaña, y un ministro de Estado del imperio inglés se pone de pié, y al referirse á la muerte de Maximiliano la clasifica de asesinato, no encuentro frases con que responder á este grosero insulto que se hace á la verdad, á ménos que se halle en una vergonzosa ignorancia de los sucesos mas sabidos de la historia. (*Aplausos*). No, amigos míos; en medio de todos mis miramientos por la vida humana, no acierto á contestar el argumento de los que manifiestan que tan flagrante ofensa en contra de los derechos de las naciones, como la que ha cometido Maximiliano, y una serie de crímenes horrendos tales como los que ocasionó su malvado proyecto, merezcan algo mas serio que el permiso de que el perpetrador de semejantes iniquidades vaya á vivir en el lujo y la comodidad, entre las paredes de un palacio, para que se le compadezca por el resto de su vida como un hombre valiente é infortunado, en vez de ser castigado como un audaz criminal; no, señores, nada tengo que decir cuando soy de parecer que, por el contrario, se le sujete á algun castigo que sirva de leccion á los nuevos invasores de las repúblicas inofensivas, y enseñe á respetar á los monarcas del viejo mundo las libertades del nuevo. (*Grandes y prolongados aplausos*).

Pero volvamos á ocuparnos de la persona que es en esta noche objeto de las alabanzas de tan distinguidos individuos cuyas cartas acabais de oír, y saludemos otra vez al Sr. Romero.

OS PROONGO EL TERCER BRINDIS DE ESTA NOCHE:

A nuestro convidado, Su Excelencia el Sr. D. Matías Romero.

Este brándis fué recibido con el mas grande entusiasmo, y cuando el Sr. Romero se levantó á contestarlo, fué saludado con tres aplausos (*three cheers*). Dijo lo que sigue:

SEÑOR PRESIDENTE:—SEÑORES:

Hace cosa de ocho años desembarqué, investido de carácter oficial, en esta tierra hospitalaria. Poco despues llegué á ser el representante de mi país, ó á lo ménos, de la parte de él que creyendo que tenia en los Estados-Unidos un grande ejemplo que imitar, estaba ansiosa de proporcionar á México las mismas ventajas de que este país gozaba, adoptando la misma política que lo ha engrandecido tan prodigiosamente.

Por ese tiempo estaban acumulándose los elementos de una gigantesca contienda política, que produjo poco despues la gran guerra civil de los Estados-Unidos. Esta terrible conmocion se hizo sentir desde luego en México, en la forma de una intervencion europea, que tenia el objeto declarado de subvertir las institnciones republicanas existentes allí. Todos vosotros, caballeros, sabeis muy bien lo que pasó tanto aquí como en México. El cielo tuvo á bien coronar con buen éxito los nobles esfuerzos de los patriotas y filántropos, que al defender en ambos países la independencia é integridad de sus hogares y las instituciones de su eleccion, luchaban tambien por el adelanto de la humanidad y por la mejora de la condicion social de las masas de todo el mundo.

Me permito llamar vuestra atencion á esta crisis tan seria, solamenre para dar en esta ocasion solemne, y ante esta distinguida asamblea de hombres eminentes, un testimonio de la elevada, ilustrada y desinteresada simpatía que la causa de México evocó en el corazon del pueblo de los Estados-

Unidos, cuya simpatía, al paso que animaba al pueblo mexicano en la defensa de sus derechos ultrajados, hacia que los avances europeos fueran mas cautos, y de esa manera contribuyó notablemente al buen éxito final que ahora todos celebramos.

Al cerrar ó suspender, por lo ménos temporalmente, mis deberes oficiales en Washington, me corresponde manifestar que llevo á mi patria el mas vivo y agradable recuerdo de mi larga residencia entre vosotros; que tambien llevo conmigo la experiencia duradera de los últimos ocho años de agitacion política, durante los cuales han tenido lugar muchos acontecimientos importantes; que fiel al credo político del partido liberal nacional de México, haré cuanto pueda para contribuir á que se establezcan allí los mismos principios políticos que he aprendido á apreciar y admirar aquí, y que son, en mi opinion, indispensables para el bienestar de México; y que será mi orgullo, á la vez que mi placer, ser amigo de los Estados-Unidos, miéntras no abriguen designios hostiles ó poco amistosos contra mi patria.

En una ocasion anterior, y en este mismo lugar, me aproveché de la oportunidad para exponer lo que consideraba como una explicacion filosófica, fundada en hechos, de las causas y objetos de la guerra civil en México, desde nuestra declaracion de independenciam.

No creo que la naturaleza haya formado diferentes cuerpos de leyes para cada pueblo ó para cada familia de pueblos llamadas razas. En mi opinion, es mas natural suponer que la Providencia rige al género humano por el mismo código de leyes, igualmente aplicable á la raza anglosajona, que á la latina, á los indios que á los africanos.

Las revoluciones políticas en los tiempos modernos tienen por objeto, al parecer, la mejora de la condicion de las

masas, cambiando ó pretendiendo cambiar el antiguo sistema de la organizacion de la sociedad, cuando llega á ser opresor. Siguiendo esta teoría, me parece que en todas las revoluciones modernas ha habido dos lados: el lado aristocrático ó de los pocos, que con el trascurso del tiempo ha acumulado riqueza, poder é influencia, ejerciendo frecuentemente su poder en perjuicio del pueblo; y el lado popular ó de los muchos, que pierde estas ventajas en proporcion que las adquieren, sus opositores. En el curso de los acontecimientos humanos, se llega, al fin, á un punto en que se hacen intolerables las exacciones de los pocos, y entónces tiene lugar un levantamiento popular; ó bien previendo el elemento aristocrático este resultado, lo precipita, tomando la iniciativa, con objeto de comenzar la contienda ántes de que sus enemigos estén preparados y bien organizados. Esta fué en mi opinion la causa de la revolucion inglesa del siglo diez y siete, que terminó con el establecimiento de la República; de la revolucion francesa del siglo diez y ocho, que dió un resultado semejante; de la última guerra civil de los Estados-Unidos, y de las guerras civiles en México y en las otras Repúblicas hispanoamericanas.

Nuestra aristocracia ha sido en México, un clero ambicioso y sin escrúpulos, que habia disfrutado por siglos de un inmenso poder político, y que estaba decidido á ver subyugada á su patria por un déspota extranjero, ántes que regida por sus enemigos políticos, quienes deseaban de buena fé su adelanto y prosperidad, y su emancipacion de la intolerancia religiosa y de la resistencia á la educacion libre del pueblo. Afortunadamente para nosotros, la cuestion en México ha tenido un carácter político solamente, sin embargo de los esfuerzos del clero para darle un aspecto religioso.

Una vez asegurada nuestra victoria contra los franceses,

tengo muy poderosas y fundadas razones para creer que gozaremos de paz y tranquilidad, y que se logrará desarrollar los elementos materiales de nuestra patria, lo cual nos hará disfrutar de todas las ventajas consiguientes á esa situacion. Dentro de muy poco tiempo se verificarán nuestras elecciones de funcionarios de voto popular, y entraremos de nuevo en nuestra carrera constitucional, que fué algun tanto interrumpida por la intervencion francesa. Nuestra política será entónces llevar á cabo nuestras leyes, que permiten el libre ejercicio de todas las religiones, sin dar preferencia á ninguna; consumar la separacion que hemos ya decretado de la Iglesia y el Estado, sin permitir jamas que vuelvan á estar juntas las atribuciones de ambos; establecer un sistema de escuelas gratuitas para educar á la masa de nuestro pueblo, haciéndolo productor y feliz; favorecer la emigracion de ciudadanos pacíficos y laboriosos de los Estados-Unidos, que nos ayuden en el desarrollo de nuestros elementos materiales; invitar el empleo en empresas mexicanas, del capital que no esté en giro en los Estados-Unidos; y en una palabra, considerar á este privilegiado país como una hermana mayor que nos presenta un modelo digno de imitarse.

Cuando se hayan conseguido estos objetos; cuando los dos países mantengan las relaciones de potencias amigas con un fin y un destino comun, teniendo conciencia de su responsabilidad ante el mundo, como los guardianes de las instituciones republicanas, se habrán realizado mis deseos mas ardientes y la ambicion de toda mi vida.

No se comprende muy bien fuera de México, la condicion del pueblo mexicano, y esto hace que muchos duden de nuestra aptitud para gobernarnos por nosotros mismos. No me parece esto extraño, supuesto que la guerra civil en los Estados-Unidos, que duró poco tiempo, que afectaba directa-

mente los intereses materiales de la Europa occidental, y que por su magnitud gigantesca debia tener una influencia política en el mundo entero, tampoco fué comprendida ni apreciada en el extranjero, y el mismo gobierno inglés que se compone de los hombres mas distinguidos de la Gran Bretaña, que estaba en comunicacion casi diaria con los Estados-Unidos, hablando la misma lengua que se habla aquí, no solamente no comprendió el objeto de dicha guerra, sino que tambien se engañó respecto de sus resultados probables.

El pueblo mexicano no está ciertamente tan adelantado en la civilizacion, como el de los Estados-Unidos. La educacion no está allí tan difundida como aquí: hay ademas poca homogeneidad en los elementos de que se compone. Es, sin embargo, un pueblo pacífico, laborioso bien intencionado y dócil, y solamente necesita la consolidacion de la paz y el establecimiento de escuelas públicas para ser uno de los pueblos mas felices del universo. La parte mas numerosa de nuestra poblacion ha sido de propósito mantenida en la mas completa ignorancia por los españoles y por el partido clerical, como el mejor modo de dominarla mas fácilmente, y cuando nosotros hayamos logrado educarla, habremos duplicado ó triplicado la fuerza productora de nuestro país.

La conducta del pueblo mexicano durante nuestra guerra reciente con la Francia, manifiesta, en mi opinion, fuera de toda duda, que posee muchas de las virtudes que constituyen á un pueblo libre: su perseverancia bajo las circunstancias mas adversas; su valor y determinacion para luchar sin descanso contra un enemigo altamente superior en todo género de elementos; su moderacion en la hora de la victoria; su resistencia para todo género de sufrimientos por un largo período, son hechos que hablan muy altamente en su favor. Tengo plena confianza en él, y creo firmemente que si

no está tan adelantado en la civilizacion como es de desearse, ha hecho grandes progresos, es capaz y tiene la disposicion de adelantar.

Por lo que concierne á la aptitud del pueblo mexicano para gobernarse á sí mismo, diré solamente, que ó las instituciones republicanas son adaptables al género humano y á propósito para promover su bienestar y felicidad, ó no lo son. Si lo son, no veo que haya razon ninguna para que al pueblo de México se le considere indigno de ellas. Si no lo son, no podria yo explicar el desarrollo que han tenido en este país.

Creo que hay equivocacion en suponer, que porque hayamos tenido en México una guerra civil, ó mas bien, una guerra social que ha durado por muchos años, se infiera que somos incapaces de gobernarnos por nosotros mismos. Nadie puede suponer que hemos estado peleando todo ese tiempo solamente por diversion ó entretenimiento. Es cierto que por desgracia hemos tenido hombres maleados, y sin escrúpulos, que ostensiblemente han aparecido como que peleaban sin otro objeto que el de satisfacer su ambicion personal y su deseo de engrandecimiento propio; pero en realidad han sido usados como instrumentos por uno y otro de los partidos contendientes, y en el fondo, se ha debatido siempre una cuestion de principios, aunque las apariencias hayan sido algun tanto engañosas.

Por lo que toca á los motivos que determinaron al finado Maximiliano á ir á México, á pesar de lo mucho que me desagrada hablar de ellos, supuesto que ya está refugiado en el asilo sagrado de la tumba, no puedo dejar de decir en defensa de mi Gobierno y de mi país, que cualesquiera que hayan sido sus buenas intenciones respecto de México, si es que abrigaba algunas, ellas no tienen nada que ver con la cuestion de su intervencion en mi patria.

Puede suponerse considerándolo caritativamente, que cuando se le invitó á que fuera á México, no conocia el verdadero estado de un país que estaba tan remoto del suyo propio; pero el simple hecho de que tal invitacion procediera de un gobierno extranjero que estaba en guerra con México, y de unos pocos mexicanos que eran cómplices en el crimen de pretender derrocar las instituciones de su país por medio de un ejército extranjero, me parece que debió haber sido suficiente para hacerlo muy cauto ántes de decidirse á tomar participio en las dificultades políticas de México, aumentándolas con su intervencion. Los alicientes que el emperador de los franceses le presentaba en lotanza y los que le ofrecia desde luego, prevalecieron al fin, y Maximiliano determinó ir á México, bajo la proteccion y los auspicios de los franceses, sin embargo de que nunca recibió un solo voto de parte alguna del territorio mexicano que no estuviera en posesion del ejército invasor frances.

El caso debió parecerle muy sencillo: probablemente creyó que si obtenia buen éxito en sus esfuerzos por imponer su dominio al pueblo mexicano, llegaria á ser el fundador de un grande imperio en el Nuevo-Mundo; si por el contrario sus planes le salian fallidos, podria regresar á Europa rodeado del prestigio de haber procurado establecer tal imperio, con el título de emperador, con una posicion superior á la que ántes habia tenido, y con mayor probabilidad de suceder á su hermano como gefe del imperio austriaco, ó de ocupar el primer trono que quedara vacante en los cambios continuos de aquel continente.

Al salir de Miramar, y ántes de llegar á México, se dirigió á Roma con el objeto, segun se dijo, de obtener la bendicion del Pontífice, y, lo que nosotros no podemos comprender en América, para consultar con la Santa Sede sobre

el gobierno temporal de una República americana. El resultado fué, que sin embargo de esta consulta, no solamente no pudo establecer su dominio en México, sino que á poco de haber llegado á aquel país, tuvo una ruptura, casi completa, con el Papa y con el clero mexicano.

Al llegar á México comenzó á ver que la tarea que se habia impuesto era mas difícil de lo que se habia imaginado. Al principio, sin embargo, era comparativamente fácil, supuesto que el gobierno frances habia tenido cuidado de proveerlo de fondos, aun ántes de que saliera de Europa, haciendo así de esto, otro de los alicientes para inducirlo á que fuera á México. Cuando estos fondos se agotaron, y el emperador frances satisfecho de lo impracticable de sus planes, se determinó á retirar sus tropas de México, pensó Maximiliano en volverse á Europa, como en la única alternativa que le quedaba. Pasaré sin comentarios el incidente desgraciado, aunque no sin importancia, de la compañera de su vida. El resultado de este último esfuerzo por prolongar la intervencion europea es bien conocido de todos.

Cuando Maximiliano tuvo noticia de este resultado, se determinó á llevar á cabo su plan de abandonar á México, embarcándose en Veracruz, en donde un buque austriaco llevaba tiempo de estarlo esperando para conducirlo á su país. Vino casi á hurtadillas de la ciudad de México á Orizava, habiendo previamente embarcado todo su equipaje y los efectos que tomó del país. Al llegar á esta última ciudad, fué alcanzado por algunos de sus sostenedores, quienes vinieron á persuadirlo que permaneciera en mi patria, y quienes por haberse comprometido con el llamado imperio, veian en él, por lo ménos, una garantía de apoyo extranjero. Le manifestaron, lo mismo que habian hecho pocos años ántes con el emperador frances y con otros gobiernos europeos, que ellos di-

rigian á su antojo al pueblo mexicano: que podrian darle cuanto dinero y gente necesitara para consolidar su dominio en México: se extendieron sobre la gloria que adquiriria si obtenia este resultado, sin el auxilio de los franceses, y aprovechándose de las dificultades que habian surgido entre él y sus protectores; le urgieron, excitando sagazmente su orgullo ofendido, para que á lo ménos hiciera otro esfuerzo por permanecer. Excusado me parece decir que sus intrigas obtuvieron tan buen éxito en este caso, como cuando las llevaron á Europa.

Sus esfuerzos, sin embargo, no habrian producido á mi juicio el resultado que deseaban, si no hubieran estado apoyados por la opinion de uno de los consejeros de Maximiliano, en quien este tenia mas confianza, un belga que fué designado por su difunto suegro para que lo acompañara á México, y quien en una carta que le escribió fechada en Bruselas el 17 de Setiembre de 1866, cuyo original ha estado en mis manos, le decia que por ningun motivo debia salir entónces de México: que los franceses deseaban su salida para hacer recaer sobre él la responsabilidad de su derrota: que no debia complacerlos en esto, sino por el contrario, quedarse para colocar esta responsabilidad en donde propiamente debia estar. Aconsejaba ademas á su amo, que despues de la retirada de los franceses, convocara una eleccion popular, con objeto de decidir si el pueblo mexicano deseaba ó no su permanencia, como el mejor modo de salir sin deshonor de una posicion difícil, y de volver á Europa con prestigio. La conducta subsecuente de Maximiliano, demuestra que trató de llevar á cabo este consejo, emanado de una persona que ignoraba completamente la condicion de México. Volvió, pues, á la ciudad de México, despues de haber ofrecido convocar un Congreso nacional, para que decidiera si el pueblo mexicano deseaba la República ó el imperio con él.



Al llegar á aquella ciudad, se encontró con que las fuerzas nacionales estaban estrechando sus líneas y obteniendo victorias por todas partes. Creyendo que podría contener sus progresos, si llevaba al interior todas las fuerzas disponibles, acumuladas en la ciudad de México, marchó para Querétaro. Sería innecesario decir lo que pasó allí; me bastará referir que dando una prueba palmaria de falta de aptitud militar, permitió que nuestras tropas se concentraran y sitiaran á Querétaro, hasta que al fin fué tomada esta plaza.

Del tenor de las comunicaciones de Maximiliano mientras estaba sitiado Querétaro, aparece muy claramente, que nunca tuvo idea de lo difícil de su posición, y mucho menos del fin desastroso que debía tener la campaña. Sus cartas al presidente Juárez, y otros actos posteriores á su captura, manifiestan con no menos evidencia, que hasta entonces no había soñado en la suerte que había provocado y tanto merecía, por haber invadido en sus chozas y montañas americanas á un pueblo republicano inofensivo.

Pero aunque Maximiliano era archiduque, y heredero de la casa de Austria, no tenía nada de César, y era tan solo un autómatas francés en el drama revolucionario de mi patria. ¡Que su desgraciada suerte sirva de atenuación á su crimen al consentir en servir de autómatas al César francés, en las revoluciones de México!

México no tiene nada que temer en lo futuro, supuesto que el resultado de la intervención francesa lo pone á cubierto de invasiones extranjeras. No será seguida de venganzas la revolución que sus enemigos inauguraron, y que ha resultado solamente en su propia destrucción y ruina.

Con las observaciones que acabo de presentaros, temo haber abusado ya de vuestra paciencia; (*exclamaciones de no, no*), y solo diré en conclusión que abrigo la certeza de que

el Gobierno de México está preparando varios documentos con intenciones de ofrecerlos al mundo entero á fin de dar á conocer con ellos por completo cuál ha sido su posición y cuáles han sido las relaciones que tuvo Maximiliano respecto de México, y tengo el convencimiento de que tan pronto como se publique, cambiarán de modo de pensar todos aquellos que dudaban de la justicia y dignidad de la política adoptada por el Gobierno de México. No dejaré el asiento que ocupo en estos momentos sin dar de nuevo las más expresivas gracias á los caballeros que se hallan presentes aquí, por la galantería y la bondad con que me han tratado, y me acordaré siempre de esta ocasión como una de las más deliciosas noches que he pasado y como uno de los más gratos acontecimientos que hayan tenido efecto en toda mi vida. (*Prolongados y ruidosos aplausos*).

MR. BRYANT leyó entonces el brindis siguiente:

México, nuestra hermana, que permanezca siempre con la constancia que acaba de mostrar en defensa de sus libertades nacionales, para manifestar que es digna de permanecer libre é independiente. (*Aplausos*).

Y suplico al Sr. D. Ignacio Mariscal, quien quedará de Ministro interino de México, durante la ausencia del Sr. Romero, que lo conteste.

EL SEÑOR MARISCAL dijo:

SEÑORES:

Nunca me había atrevido á hablar en un idioma que no es el mío, en presencia de una reunión como la actual, por-